

# ***Figuraciones del mal en las creadoras hispánicas contemporáneas***

**Assia Mohssine y Samuel Rodríguez, Eds.**

reseñado por

*David Loría Araujo*

Universidad Modelo y Universidad Autónoma de Yucatán

Assia Mohssine y Samuel Rodríguez, Eds. *Figuraciones del mal en las creadoras hispánicas contemporáneas*. Sevilla, España: Ediciones Alfar, 2023. 293 páginas. ISBN 978-84-7898-950-8.

La protagonista y narradora de “Río subterráneo”, publicado por la cuentista mexicana Inés Arredondo en 1979, es la menor de cuatro hermanos cuya estirpe está marcada por la pérdida de la cordura como un mal congénito. En el texto, desde las entrañas de una casona que ahora le toca proteger, la mujer reconoce dicha carga maligna y la asume como responsabilidad: “Soy la guardiana de lo prohibido, de lo que no se explica, de lo que da vergüenza, y tengo que quedarme aquí para guardarlo, para que no salga, pero también para que exista. Para que exista y el equilibrio se haga. Para que no salga a dañar a los demás” (173). En el libro *Figuraciones del mal en las creadoras hispanoamericanas contemporáneas* no se incluye un estudio sobre Arredondo, aunque sí se ponen sobre la mesa aquellos discursos que construyen a las mujeres como cuidadoras indefectibles del bien, pero de cuyo mal intrínseco se ha de tener cuidado de forma categórica.

Otras guardianas como la anterior, personajes malas, malísimas, malvadas, maléficas y malditas se reúnen en este libro, profuso en cuanto al corpus de textos revisados y también en lo respectivo a los aparatos teóricos que enmarcan cada estudio acopiado. El volumen, coeditado por Assia Mohssine, de la Universidad Clermont Auvergne, y Samuel Rodríguez, de la Universidad Complutense de Madrid, se propone mapear el mal como principio estético-afectivo que vertebrada diferentes ficciones, predominantemente cuentos y novelas de autoras españolas, mexicanas y argentinas, aunque incluye un estudio sobre cine y otro sobre teatro. “Como respuesta al imaginario patriarcal que naturaliza la maldad femenina”, indican Mohssine y Rodríguez en las palabras introductorias, “surgen en las tramas personajes femeninos que asumen su cuota de maldad por ser esta una cualidad

intrínseca del ser humano” (12). Así lo evidencian el capítulo de Véronique Pitois Pallares sobre *El huésped* de Guadalupe Nettel, y el de Natalia Álvarez Méndez sobre varios relatos de Patricia Esteban Erlés, con especial énfasis en *Las madres negras*, dos textos que abordan el tratamiento literario de motivos clásicos del género fantástico —el doble, el fantasma— y su actualización en cuerpos de mujeres jóvenes que asumen como propio el infierno de lo reprimido.

La pregunta sobre qué es, en realidad, el mal, atraviesa todo el libro, a su vez dividido entre estudios de escritoras españolas y estudios de escritoras latinoamericanas. ¿Es una fuerza soterrada que, de pronto, emerge, ya sea porque alguien busca causar un daño, o bien, porque se emplea como herramienta de resistencia? ¿Es una emoción inefable que escapa de la comprensión y se aparece, de súbito, en las personalidades? ¿Es un impulso distinto al odio, la ira, la furia? Lo que se sabe es que el mal siempre convoca el borde de una moralidad dominante. Es el exterior constitutivo, el afuera axiomático para validar lo que se da por aceptado: algunas veces el monstruo, pero también el lado oscuro, la sombra que perturba y persuade al unísono. Las ficciones que tematizan el mal, por lo tanto, activan descentramientos de cualquier regla que sostenga al bien-estar, al bien-parecer. El texto firmado por Ángel García Galiano respecto a la catalana Cristina Fernández Cubas y el de Alessandra Luiselli en cuanto a la porteña Silvina Ocampo se avocan al estudio panorámico de dos grandes maestras de la ficción que combinan lo elegante, lo sucinto y lo ominoso. En los relatos analizados de ambas escritoras, se pasean niñas curiosas y perversas que consiguen observar, a través de una cerradura o detrás de las sábanas, ese envés maligno que tanto nos interpela.

Frente a los discursos hegemónicos, esta compilación sostiene con acierto que en la literatura contemporánea oscilan manifestaciones de diversa maldad, generalmente representadas por vía de personajes tejedoras de lo siniestro, indignas y apestadas con agencia para transformar sus realidades conjurando dicha tendencia que, si continúa siendo leída desde el patriarcado, siempre tiene las de perder: ahí están, por nombrar algunos, los casos de Eva, Fedra, Medea y Salomé, de la endemoniada María Magdalena, de la Condesa Sangrienta reescrita por Alejandra Pizarnik o de La Bruja de *Temporada de huracanes* —la multicitada novela de Fernanda Melchor—, vehementes sacrílegas, hacedoras del mal estudiadas por Silvia Peláez, Fanny Rubio, Guadalupe Cortina y María Guadalupe Sánchez Robles, respectivamente. Mención aparte merece el último capítulo del libro, dedicado a la maternidad y el asesinato en dos novelas argentinas, donde Mariola Pietrak explora la pulsión tanática de dos madres configuradas por Matilde Sánchez y Ariana Harwicz. A juicio de la investigadora, estas ficciones encarnan “una rebelión (violenta) contra las representaciones tradicionales, los corsés rígidos y logo-centrados de la diferencia sexual” (265).

Además del abordaje temático, me interesa el reflector que pone el título del libro encima de la palabra *figuraciones*: esto es, la serie de ítems, rasgos, recursos o fórmulas que se actualizan en las páginas de estas ficciones —principalmente del género narrativo— para conjurar el mal. El ensayo de Cecilia Eudave sobre la anamorfosis o perspectiva elíptica en los relatos de Atenea Cruz ilustra esta búsqueda por estructuras divergentes en los modos de contar, así como el ensayo de Assia Mohssine sobre una novela de Ana Clavel que se centra en la renovación de la ambigüedad por cuyas rendijas se cuele el mal deseo. De igual

modo, atañen los subgéneros que aglutinan dichas figuraciones, los cuales son revisitados, deconstruidos o parodiados en las páginas examinadas en la compilación: el cuento de hadas, el diario íntimo, la éfrasis o la tragedia griega. El dispositivo del documental, por ejemplo, se ve rearticulado en el entramado que es *Función de noche* (1981), filme de la cordobesa Josefina Molina que analiza Catherine Berthet-Cahuzac.

El poder de convocatoria de la dupla Mohssine-Rodríguez fusiona lo mejor de sus áreas de especialización: los feminismos y los estudios de género, la musicología, la sociocrítica, los estudios de lo fantástico, la interdisciplinariedad y la teoría de las emociones. En este libro conversan académicas que son creadoras y viceversa, novelistas que son catedráticas y viceversa. Sin duda, este conjunto de ensayos nos sumerge en esa guarida, esa “claustrofóbica urna de cristal” (101) que encuentra Samuel Rodríguez en el universo polifónico de Espido Freire o que me remite a la escalinata custodiada por la protagonista de “Río subterráneo” de Arredondo, donde se dan cita las obsesiones más oscuras de personajes, narradoras o académicas. Qué alegría que no decaigan los esfuerzos por convocar y publicar volúmenes colectivos como este sobre temas que, por su propia naturaleza, nos obligan a pensar, reconocer y enunciar lo que queda oculto por las buenas costumbres.